

FÁBULA XX

Los dos Ratas.

Caballeros son de industria
Los dos héroes de esta fábula,
De esos que el vulgo apellida,
Y no sin gracejo, Ratas.

Norabuena: Estos dos pillos,
De guantes y de corbata,
Contábanse en la taberna
De sus negocios la marcha.

— «¿Qué me dices del *Berrugo*?
¿Caerá por fin en la trampa?» —
(Pregunta con aire cínico
El que parece más sátrapa.)

Tratábase nada menos
Que de jugar linda estafa
A un señor adinerado
Con inauditas patrañas.

— «¡Déjame que estoy furioso!
(Responde el otro Canalla)
Porque al *hombre* no hay manera
De hablarle ni dos palabras:

» Siempre dado á sus trajines.....
Ora sube, luego baja,
Ora registra sus libros,
Ora escribe, luego llama.....

» En fin, chico, no me deja
Ni un momento meter baza;
Con lo que el pingüe negocio
Juzgo que se nos escapa.» —

— «No es más dichosa mi suerte
(Dijo el otro Camarada);
Mas, si con éxito el mismo,
Conmigo sigue otra pauta:

» Consiste en darme el camueso
Con las puertas en la cara
Cuantas veces solicito
Introducirme en su casa.

»En modo que nunca llego
De cerca á verle las barbas:
¡Es muy duro de pelar....!
Me tiene sin esperanzas.» —

Por lo que entrambos bribones
Decretan la retirada;
Y á otra parte con la música
Vanse en amor y compañía.

*¿Ves, cristiano? si el demonio
Con tentaciones te asalta,
Que ocupado te halle siempre,
Sin darle jamás entrada:
Es talismán muy seguro
Contra diabólicos Ratas.*

FABULA XXI

El Justo y el Tronera.

— «¿Para qué tanto ayuno,
Disciplinas, cilicios,
Tanto rezo importuno.....
Y tantos ejercicios?
¿Reportas con tu plan provecho alguno?» —

Preguntas son que hacía
Un joven muy Tronera
Al Justo, que decía
Siempre de esta manera:
— «Yo te contestaré, llegado el día.» —

Llegó efectivamente;
Que enfermo de cuidado
Cayó aquel imprudente,
Y entonces el burlado
Habló así junto al lecho del paciente:

— «¿A qué tanta sangría
Cáusticos y diēta,

Sosiego en demasía,
Tanta y tanta receta?
¿Reportan algún bien á tu hidalguía?» —

— «Del mal que me exaspera
Combato así el tormento
(Repuso el Calavera):
Me daré por contento
Si así recobro mi salud entera.» —

— «¡Hola! bien me parece
Que cures con dolores
Al cuerpo; mas merece
Todavía más rigores,
Si, por su culpa, el alma es quien padece.» —

Deja al Devoto en calma
Que domine sus vicios,
Pues consigue la palma
Con llantos y cilicios.
*¿No vale más que el cuerpo nuestra alma?*¹

1 Math., VI, 25.

FÁBULA XXII

El Racimo y la Vid.

Hermoso Racimo,
De granos sin cuento,
Con hondo lamento
Quejábase así:
— «¡Cuán triste es mi vida!
Madúrome apenas.....
Y ya ¡cuántas penas
Descargan en mí!

» ¡Me corta, me pisa
El hombre enemigo.....
Y, atroz, da conmigo
En hondo tonel!

» Y allí aprisionado,
Convertido en mosto,
Me hiervo y me agosto
En soledad cruel.

» Y llega el trasiego,
Me cambian de bota.....
Y, en fin, gota á gota
Prueban mi valor.

» Así luengos años
Me tiene mi dueño,
Que pone su empeño
En ver mi dolor.»—

— «¡Por Dios, hijo mío!
(La Vid le aconseja)
No es justa tu queja,
Por bien es tu mal;
» Que al fin llega un día,
Y en copa de oro
Eres el decoro
De mesa Real.»—

— «¡Verdad es, Señoral
Mis lástimas dejo....
Y al hombre aconsejo
De parte de vos:

*Que todo en el mundo
(San Pablo lo reza)
Al bien se endereza,
Del que ama á su Dios»*¹.

¹ Rom., VIII, 28.

FABULA XXIII

Correspondencia de Ultratumba.

Por la mala de Ultratumba,
En su apartada región,
La Muerte, Reina del Orco,
Esta carta recibió:

«Muy espantable señora,
La de guadaña feroz,
La de entrañas de granito
Y de hierro el corazón:

» Se suena por esta banda
(Y San Pablo es el autor)
¡Que hay dichosos que no mueren....!¹
¿Es esto verdad ó no?

» Supuesto que lo sabéis,
Responded por compasión;
Que, á decirlo francamente,
Tenemos miedo de vos.

» Y por no morir haremos
El sacrificio mayor....
No nos gustan los *Requiescant*,
Tampoco el *Kyrie eleisón*

¹ Rom., VIII, 3.

Ni el lúgubre *gori-gori*
De Sochantres y fagot,
Ni trocar por carro fúnebre
Nuestro brillante landó.

» ¡Nos va bien por este mundo!...
Y viajar es gran pensión
Cuando al cabo no se sabe
Si allá les irá peor
A estos vuestros servidores,
Que os temen más que á un león,
Feliciano Vitulonga,
Gustavo Roncamejor.»

Y la Muerte fué tan buena
Que al punto les contestó,
Diciendo: «Señores míos,
Sin mucho de Salomón,
En verdad no conocéis
Ni pizca lo que soy yo;
De otra suerte, tal pregunta
No hiciera vuestro candor.

» ¡Yo soy de vuestro tesoro
El invencible **ladrón**:
Os he de dejar en cueros,
Sin familia, sin amor;
A obscuras enteramente,

Sin movimiento, sin voz,
Y más solos que un espárrago,
Más fríos que el caracol!

» Soy además el **verdugo**
Que aplica en todo rigor,
A cada cual, de tormento
La imprescindible ración.

» Por fin, yo soy aquel **pánico**
Que acompaña al que pecó,
Cuando me acerco á llevarle
Ante el juicio de Dios.

» ¡Ladrón! ¡Verdugo! ¡Terrores!
He aquí lo que yo soy:
Y, fuera de esto, soy nada,
Aunque me pintan atroz.

» Ahora, ved: ¿Qué he de *robarle*
Al justo que renunció
A todo lo de este mundo
Por servir á su Criador?

» Ni ¿qué *tormentos* alcanzan
Al que en la vida expió
Sus delitos, y ya tiene
Todo un Cielo en su interior?

» ¡Tampoco el *terror* le invade,
Pues, con justos, mi misión
Es sólo abrirles las puertas,

Diciendo: Volad á Dios!
Así calcular podéis
Quién es quien muere, y quién nó,
Según su historia en el siglo
Es de justo ó pecador:
Con el primero soy *nada*,
Con el otro soy *feroz*.
«¡Conque abur!»—Y la Terrible
La fecha puso y firmó.

—Mas ¿quién llevará la carta?
—Recógela tú, Lector.

FABULA XXIV

El Mono cautivo.

— «¡Qué cadena tan dura
Voy arrastrando!
¡Ay! ¡que su peso enorme
Me está agobiando!»—
Así clamaba
Un Mono que, cautivo,
Se querellaba.

Quise saber la causa;
Y me fué dicho:
— «Bien lo merece todo;
¡Es un mal bicho!
Brinca, retoza
Y cuanto da en sus manos
Trunca y destroza!»—

Y no ignora el Maldito
Que, sin blandura,
Castiga luego el Amo
Cada diablura,

Por justa pena,
Añadiendo eslabones
A su cadena.

Así el pérfido Mono,
Asaz travieso,
Moverse ya no puede
Con tanto peso.
— «¿Por qué se apura....
Si forjan sus prisiones.
Su travesura?» —

*No se quejen los malos;
Pues son sus yerros
Los que oprimen sus almas
Con nuevos hierros:
Es positivo
Que el hombre de sus culpas
Se hace cautivo¹.*

¹ Joan., VIII, 34.

FABULA XXV

Los Compadres.

Riñó Juan con su Comadre,
Maldiciéndole á su Padre;
Mas se ganó una guantada,
Gritando el Corro:— «¡Bien dadal!»—
Entonces maldijo á Cristo.
—¿Y ahora?....

—¡Nada!

Por lo visto,
Ni el Corro ni aquellos dos
Conocen por Padre á Dios.

CONCLUSIÓN

FABULA XXVI

El Ciego del organillo.

¿Te acuerdas, Lector amable,
Del Ciego del organillo
Que en la fábula primera
Prestó sus buenos servicios?

Del propio hablarte queremos
Al terminar este libro,
Uniendo por tales modos
El final con el principio.

Fué el caso que, como hubiese
Todo el Lugar recorrido
Tocando en calles y plazas
Con desafinados pitos,

Le pasó lo que á la postre
Que sucediese es preciso,
Y la Historia ha conservado
En añejos pergaminos:

Una turba de Muchachos,
Del pueblo los más ariscos,
Con palos, piedras y tronchos
Le acosan por su camino;

En tanto que amables grupos
De alegres y hermosos Niños,
Le van bailando delante,
Aplaudiéndole solícitos.

El Ciego, que nota al cabo
Tal divergencia en los chicos,
De sus extremos la causa
Pregunta á entrambos partidos.

—«¿Por qué (dice á los primeros)
Os gozáis en mi martirio?
¿Qué mal os hago?»—(Y responden):
—«¡El instrumento es maldito!

»Si no dejas tus sonatas,
Nos vas á romper los tímpanos;

Pues el órgano de Móstoles
No es comparable contigo.»—

—«Y vosotros (dice luego
A los del bando pacífico),
¿Por qué tan bien me tratáis?
¿No soy, por ventura, el mismo?»—

—«¡Ah! (responden) ¡jamás hombre
Topó con igual registro!
Esos *aires* que tú ensayas,
Del Cielo son, está visto.»—

—«¡Luego el mal está en las formas;
Que los temas son divinos!
(Dice el Hombre). Luego el modo
De terminar el conflicto

»Es hallar mejores músicos
Que, en sus cítaras, melífluos
Harmonicen estas notas
Que el Cielo inspira benigno.....

»¡Pues bien! á buscarlos voy;
Si los encuentro propicios,
Ufano oiré sus cantares,
Y yo cerraré ya el pico.»—

Y, humilde entonces, elevó su ruego,
Diciendo á los hispanos Trovadores:
«Templad ¡oh Vates! y del torpe Ciego
Consuelen el afán vuestros primores;
En esas arpas con piadoso fuego
Sonarán dulcemente mis clamores;
Que si á tientas logré encontrar la mina,
Virgen la entrego á vuestra fe divina.

»Y gozaréis el lauro: vuestro nombre
De boca en boca llevará la fama;
Y sin envidia, que envenena al hombre,
Bendeciré vuestra celeste llama.
Que no busco yo aplausos ni renombre,
Ni cuanto el mundo en sus caminos ama:
Mi herido corazón sólo ambiciona
La Cruz del Redentor y su Corona.»

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Á los que leerán	V
Prólogo del autor.....	XIX

Libro I.

Fábulas.

I. Los Canarios filarmónicos	1
II. Las dos Banderas.....	4
III. La Dama y el Esqueleto.....	8
IV. La Bujía y la Linterna	11
V. Los dos Potros	12
VI. Exposición artística de los Ani- males.....	17
VII. Los Tigres pintados.....	20
VIII. El Girasol.....	21
IX. El Esquilón y el Gato	24
X. El Elegante y el Pavo real.....	27
XI. Las Pompitas.....	28
XII. El Tiempo.....	29
XIII. Los Criados invisibles.....	31
XIV. El buen Pastor.....	34